

Miguel de Unamuno y Heráclito: de ‘La elegía eterna’ a ‘La flor tronchada’¹

Pau Gilabert Barberà²,
Universitat de Barcelona

Resumén: El propósito de este trabajo es probar y analizar la influencia de la sabiduría de Heráclito en algunos poemas de Miguel de Unamuno tales como ‘La elegía eterna’ y ‘La flor tronchada’. En ocasiones –‘La elegía eterna’- Heráclito es para él una especie de muleta intelectual con cuya ayuda acierta a mostrar poéticamente sus angustias y, en otras, -‘La flor tronchada’- necesita realmente la filosofía de Heráclito para ilustrar su visión de Dios y de la vida humana como una lucha o guerra permanente.

Palabras clave: poemas de Miguel de Unamuno, Heráclito, filosofía griega, tradición clásica, La elegía eterna, La flor tronchada

Abstract: The aim of this brief article is to demonstrate and analyze the influence of Heraclitus’s thought on some of the poems written by Miguel de Unamuno, in particular ‘La elegía eterna’ and ‘La flor tronchada’. At times –as in ‘La elegía eterna’– Heraclitus merely serves as a sort of a walking stick, an aid to his efforts to poetically reveal his anxieties. On other occasions –as in ‘La flor tronchada’– he genuinely needs Heraclitus’s philosophy to illustrate his view of human life and its relation to God as unending warfare.

Key words: Miguel de Unamuno’s poems, Heraclitus, Greek philosophy, classical tradition, The Eternal Elegy, The Cut Flower, La elegía eterna, La flor tronchada

Dado que Miguel de Unamuno fue catedrático de Griego de la Universidad de Salamanca, la presencia del pensamiento del filósofo de Éfeso en sus obras y, más concretamente en algunos de sus poemas, no debería sorprender a nadie, ya que resulta obvio que su capacidad incuestionable de leer los fragmentos directamente del griego le situaba en una posición privilegiada. Y no sólo eso, sino que deberemos concluir que, si los creyó merecedores de ser integrados en la plasmación poética de sus inquietudes y desazones, debió de ser porque, o bien se identificaba con ellos, o bien, sin llegar tan lejos, a menudo constataba que le eran muy útiles para sus propósitos. Mi contribución terminará con el análisis de ‘La flor tronchada’ de 1899, pero antes querría detenerme en otro poema de 1899-1900 titulado ‘La elegía eterna’. Y, si lo hago, es porque me parece idóneo para mostrar hasta qué punto la relación con los clásicos, incluso en el caso de un profesional de la tradición griega, es siempre tan diversa como interesada. O, dicho de otro modo, el hecho de acudir a Heráclito no significa que Unamuno asumiera siempre su sabiduría, sino que en ocasiones fue para él un auténtico soporte y fuente de inspiración –como en el caso de ‘La flor tronchada’- y, en otras, tan sólo una muleta poética que no obstante podría evidenciar una distancia insalvable entre ambos. Leamos, pues, en primer lugar el canto lastimero de Unamuno en ‘La elegía eterna’:

“¡Oh tiempo, tiempo, / duro tirano! / ¡Oh terrible misterio! / El pasado no vuelve, /
nunca ya torna / ¡antigua historia! / Antigua, sí, pero la misma siempre, /

¹ Unamuno, 1997; todas las citas corresponderán a esta edición y la numeración entre paréntesis a ella se refiere. Artículo publicado en *Homenatge a Montserrat Jufresa* (E. Vintó; F. Mestre; Gómez, P, eds.). Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Col·lecció Homenatges, nº 38, 2012, 101-116.

² Profesor titular de Filología Griega de la *Universitat de Barcelona. Gran Via de les Corts Catalanes* 585, 08007 Barcelona. Teléfono: 934035996; Fax: 934039092; correo electrónico: pgilabert@ub.edu; página web personal: www.paugilabertbarbera.com

¡aterradora! / Siempre presente... / ... / La conciencia deshecha, / de la serie del tiempo / ¿qué es lo que queda? / ¿Qué de la luz si se rompió el espejo? / ... / Feroz Saturno, / ¡oh Tiempo, Tiempo! / ¡Señor del Mundo, / de tus hijos verdugo, / de nuestra esclavitud lazo supremo! / Una vez más la queja, / una vez más el sempiterno canto / que nunca acaba, / de cómo todo se hunde y nada queda, / que el tiempo pasa / ¡irreparable! / ¡Irreparable! ¡Irreparable! ¿Lo oyes? / ¡Irreparable! / ¡Irreparable!, sí, nunca lo olvides! / ¿Vida? La vida es un morir continuo, /es como el río / en que unas mismas aguas / jamás se asientan / y es siempre el mismo. / En el cristal de las fluyentes linfas / se retratan los álamos del margen / que en ellas tiemblan / y ni un momento a la temblona imagen / la misma agua sustenta. / ¿Qué es el pasado? ¡Nada! / Nada es tampoco el porvenir que sueñas / y el instante que pasa / transición misteriosa del vacío / ¡al vacío otra vez! / Es torrente que corre / de la nada a la nada. / Toda dulce esperanza / no bien la tocas / cual por magia o encanto / en recuerdo se torna, / recuerdo que se aleja / y al fin se pierde, / se pierde para siempre. ¡Oh Tiempo, Tiempo! / Repite, mi alma, sí, vuelve y repite / la cantinela, / la letanía triste, / la inacabable endecha, / la elegía de siempre, / de cómo el tiempo corre / y no remonta curso la corriente. / El ¡ay! con que se queja el que padece / de antigua pena, / es siempre el mismo, / el lamento de siempre; / repetirlo es consuelo, / en rosario incesante, como lluvia / una vez y otra y ciento... / ¡Oh Tiempo, Tiempo, / duro tirano! / ¡Oh terrible misterio! / Potro inflexible del humano espíritu! / ¿Qué pobres las palabras...! / La sed de eternidad para decirnos / el lenguaje no basta, / es muy mezquino... / Terrible sed, / sed que marchita para siempre el alma / que el océano contempla / ¡inmenso océano! / que nuestra sed no apaga, / sólo la vista llena, / ¡océano inmenso de ondas amargas! / ¿Imágenes? Estorban del lamento / la desnudez profunda, / ahogan en floreos / la solitaria nota honda y robusta... / Pero imágenes, sí, acordes varios / que el motivo melódico atenúen... / ... / Es la elegía que el silencio entona, / el silencio, lenguaje de lo eterno, / mientras esclava vive/la eternidad del tiempo... / ... / ¿Hiciste añicos el reló? ¡No basta! / Acuéstate a dormir... es lo seguro, / ¡hundido para siempre / en el sueño profundo, / habrás vencido al tiempo, / tu implacable enemigo! / Ayer, hoy y mañana! / Cadena del dolor/con eslabones de ansia... / Con las manos crispadas te agarras / a la crin del caballo, / no quieres soltarla / y él corre y más corre, / corre desbocado / cuanto tú más la aprietas / ¡con más loco paso! / No así me masculles en tu boca / ¡feroz Saturno! / acaba, acaba presto, ¡de tus horas / implacable enemigo! / cesa el moler continuo / ¡acaba ya! / Quiero dormir del tiempo, / quiero por fin rendido / derretirme en lo eterno / donde son el ayer, hoy y mañana, / un solo modo / desligado del tiempo que pasa; / donde el recuerdo dulce / se junta a la esperanza / y con ella se funde; / donde en lago sereno se eternizan / de los ríos que pasan / las nunca quietas linfas, / donde el alma descansa / sumida al fin en baño de consuelo / donde Saturno muere; / donde es vencido el tiempo” (pp. 215-218).

La inspiración heraclítica de la respuesta a la pregunta central del poema parece incuestionable³. La imagen fue un instrumento muy útil para visualizar idearios filosóficos –pensemos en lo que representó la imagen de la caverna en la filosofía de Platón-, pero el ingenio de Heráclito, si comparamos a ambos en este terreno, no desmerece el del gran filósofo de Atenas. En efecto, todo parece indicar que la imagen del río, del flujo ininterrumpido de sus aguas unido a su permanencia como tal, fue uno de los soportes en que Heráclito se apoyó. Proclamaba así la grandeza de la *Phýsis* –es decir, de la Naturaleza o Vida que surge espontáneamente (*phýo*)- entendida como el

³ García Blanco, 1965, p. 110 lo señaló ya refiriéndose a este poema en el capítulo “El mundo clásico de Unamuno”.

cambio constante generado por una oposición múltiple de contrarios⁴. Éstos, además, no están condenados a la destrucción mutua, puesto que hay un *Lógos* superior que los armoniza asumiéndolos como partes constitutivas de su esencia. Unamuno desarrolla el modelo parando mientes no en las personas que se adentran en la corriente de un río, sino en la imagen de los álamos que se reflejan trémulos en él, de manera que la percepción de inestabilidad, analogía de la de la vida, se incrementa por el cambio sin fin de la base reflectante. Recordemos, empero, las palabras del filósofo griego:

. “Dice Heráclito en algún lugar que toda avanza y nada permanece, y, comparando lo existente con la corriente de un río, dice que no podrías adentrarte dos veces en el mismo río” (λέγει που Ἡράκλειτος ὅτι πάντα χωρεῖ καὶ οὐδὲν μένει καὶ ποταμοῦ ῥοῆι ἀπεικάζων τὰ ὄντα λέγει ὡς δις ἐς τὸν αὐτὸν ποταμὸν οὐκ ἂν ἐμβαίης -A 6 DK).

. “En los mismos ríos nos adentramos y no nos adentramos, somos y no somos” (ποταμοῖς τοῖς αὐτοῖς ἐμβαίνομέν τε καὶ οὐκ ἐμβαίνομεν, εἶμεν τε καὶ οὐκ εἶμεν -B 49a DK).

. “A quienes se adentran en los mismos ríos les sobreviene el flujo ahora de unas aguas ahora de otras” (ποταμοῖσι τοῖσιν αὐτοῖσιν ἐμβαίνουσιν ἕτερα καὶ ἕτερα ὕδατα ἐπιρρεῖ -B 12 DK)⁵.

Ahora bien, la apelación de Heráclito a la supremacía de un único *Lógos* armonizador⁶ demuestra la naturaleza positiva y gozosa de su “fe” filosófica, descartando así lamento alguno por la fugacidad de la vida humana, dado que es eterna en la perennidad de su cambio o muerte. No es, pues, una filosofía fácil de asumir –la muerte entendida como desaparición de nuestro “yo” no seduce-, y la opción en este caso elegíaca de Unamuno es la prueba fehaciente de ello. Antes que al profesor y pensador que puede contar con la ayuda de un filósofo que entiende y que a buen seguro admira, el poema nos revela al hombre en su fragilidad, el que comparte la angustia y la desesperación con el resto de mortales, aunque este compartir suponga de hecho una clara traición al “credo” de aquél en quien ahora se apoya⁷.

En efecto, para un auténtico seguidor de Heráclito, el tiempo no puede ser jamás un tirano opresor, un misterio aterrador o el potro donde se tortura al espíritu humano, sino la epifanía de un flujo existencial ininterrumpido, garantía de nuestro vivir en tránsito y mutación constantes. El tiempo no es una antigua historia desligada ya de nuestra conciencia como si fuera un haz de luz que pasa de largo por no encontrar un espejo donde reflejarse. El pasado, por su parte, es una palabra vacía que no es señal (*sêma*) de la única historia real: la del presente que el caminar constante y sin fin de la vida no permite segmentar. No hay, en suma, ningún Saturno feroz que nos esclavice, o verdugo que nos ejecute; hay un Ser, que es Presencia cambiante, que nos abarca y acoge. Heráclito no se lamenta, porque, pese al cambio, siente siempre la Vida, donde no hay

⁴ He aquí un ejemplo muy ilustrativo: “El dios: día / noche, verano / invierno, guerra / paz, saciedad / hambre” (ὁ θεὸς ἡμέρη εὐφρόνη, χειμῶν θέρος, πόλεμος εἰρήνη, κόρος λιμός -B 67 DK). Las traducciones de los fragmentos de Heráclito son mías siguiendo la edición de Diels-Kranz, 1966.

⁵ Sobre los fragmentos de Heráclito, comentario e interpretación, véase, entre otros: Montes, 2011; Gianvittorio, 2010; Palau i Fabre, 2007; Mouraviev, 2006; Marcovich, 2001; García Calvo, 1999; Diano, 1994; García Quintela, 1992; Robinson, 1987; Conche, 1986; Kahn, 1981; Colli, 1980 y Bollack, 1972.

⁶ “Aunque esta razón (*lógos*) existe siempre, los hombres devienen incapaces de comprenderla, tanto antes de escucharla como después de haberla escuchado... En efecto, pese a que todo acontece según esta razón...” (τοῦ δὲ λόγου τοῦδ’ ἐόντος αἰεὶ ἀξύνετοι γίνονται ἄνθρωποι καὶ πρόσθεν ἢ ἀκοῦσαι καὶ ἀκούσαντες τὸ πρῶτον· γινομένων γὰρ πάντων κατὰ τὸν λόγον τόνδε... -B 1 DK).

⁷ Sobre el Unamuno poeta, véase, por ejemplo: Blasco, 2004; Federici, 1974 y Alvar, 1964.

pozo terrible alguno en cuyo interior ella misma pueda precipitarse hasta desaparecer, y, si la ve analógicamente como un río, no es subrayando la fugacidad e inestabilidad trémula de sus aguas, sino el hecho de ser siempre el mismo a pesar del flujo.

Unamuno entiende –huelga decirlo- a Heráclito, pero en estos momentos lo embarga la elegía, segmenta el tiempo en “el pasado”, “el instante que pasa” y “el futuro que se desvanecerá”, y se libra al Vacío –otorgándole paradójicamente carta de naturaleza-, desde el cual y hacia el cual el mismo vacío o la Nada se mueve en el más absurdo y desesperanzado de los viajes. Para no contradecir las leyes de la Física, las aguas de un río siempre descienden y jamás remontan su curso, pero la elegía es triste, es una letanía o rosario de lamentaciones que, repetidas una y otra vez, no aportan verdad pero sí un tímido consuelo. Si los humanos comprendieran el sentido de las palabras de Heráclito – de hecho proféticas-, sabrían que ellos son una manifestación más del fuego siempre vivo que se enciende y apaga según medida⁸, pero a menudo no creen en su eternidad, y se refugian en palabras lastimeras, insuficientes y mezquinas para expresar lo que entonces se convierte en una sed que ni tan sólo un océano podría saciar. Heráclito proclama que no es posible evitar la mutabilidad de la Vida, ergo la gran traición de Unamuno en este poema es recomendar a los humanos que se sumerjan en un sueño profundo, una especie de letargo óptico definitivo que les permite fusionarse con la eternidad supresora del “ayer”, del “hoy” y del “mañana”. Pero no le basta aún, sino que quiere detener –i. e., matar- el curso del río y bañarse en el lago inmóvil en el cual no sobreviene –o, al menos, lo parece- el flujo de nuevas aguas. Éste sería sin duda el consuelo o victoria definitivos sobre el feroz Saturno, sobre el Tiempo.

Pues bien, de la traición pasamos ahora a la adhesión, ya que ‘La flor tronchada’⁹ demuestra que el pensamiento de Heráclito ayudó mucho a Unamuno a ilustrar una idea no pacífica de la existencia humana y, sobre todo, de Dios, alejándose así de otras visiones más amorosas y providentes de la Divinidad, pero difíciles de reconciliar con su sentimiento trágico de la vida, con aquella desesperación existencialista que le caracterizó. Leamos, pues, el poema:

“Como a la tierra con el corvo arado / así el seno a la humana compañía / desgarrad sin flaqueza abriendo surcos, / aunque tronchadas las heridas flores / caigan a la honda huesa / y allí, podridas, sirvan para abono, / o de alimento al roedor gusano / que carcome raicillas ignorante / de que al dejar la cárcel del invierno / vida de amor le espera y luz celeste. / Revolved los terrones, soterrando / los que gozan del sol, en las tinieblas, / y a recibir el beso de la brisa / a su vez suban los que están sepultos / de la tierra en los senos más ocultos. / Cuando concluye el labrador cansado / de remover la tierra, / el grano siembra y lo confía al cielo, / al sol benigno y a la rica lluvia. / Así, cuando sus senos desgarrados / muestre y el flanco herido / la compañía humana / sembrad semillas de la Idea en ella / y brotarán lozanas. Las que echéis en el campo apelmazado / de la ordenada sociedad tranquila / se pudren infecundas, / o prenden solitarias / para morir a la ardorosa lumbre / que da la muerte como la vida, / o son pasto de pájaros glotones, / los que

⁸ “Este mundo, el mismo para todas las cosas, no lo hizo dios u hombre alguno, sino que hubo siempre, hay y habrá un fuego siempre vivo, encendiéndose y apagándose según medida” (κόσμον τόνδε, τὸν αὐτὸν ἀπάντων, οὔτε τις θεῶν οὔτε ἀνθρώπων ἐποίησεν, ἀλλ’ ἦν αἰεὶ καὶ ἔστιν καὶ ἔσται πῦρ ἀείζωον, ἀπτόμενον μέτρα καὶ ἀποσβεννύμενον μέτρα -B 30 DK).

⁹ Un poema muy estimado por Unamuno como confiesa a Joan Maragall en una carta fechada el 6-VI-1900: “Ahora voy a publicar poesías (tres de ellas, “La flor tronchada”, “El Cristo de Cabrera” y “Al sueño” las he publicado ya en revistas)... Será una debilidad de padre, pero en nada he puesto tanto cariño como en mis poesías. Después de mi novela Paz en la guerra, sobre todo su final, no había vertido tanta alma como en ellas he vertido” (citado por García Blanco, 1954, p. 19).

viven del grano / que sembró con afán ajena mano. / La simiente en los surcos
derramada / será pronto regalo de la vista, / lago ondulante de verdura fresca, /
salpicado de rojas amapolas / en que la brisa resbalando suave / templada del sol la
agostadora huella. / Dora la espiga cuando su hora viene, / cuaja su jugo en
apretado grano, / siégalo la guadaña / y triturado en el molar de piedra / nos da la
flor del pan. / Polvo también de sustanciosa harina / las granadas ideas han de
darnos / cuando tras siega de cortante estudio / desde el campo sereno en que
nacieron / las lleven al molino fragoroso, / de encendidas pasiones populares / para
heñidas mas luego / con el agrio fermento en pan se yelden, / con el fermento de la
fe robusta / en pan vivificante. / La idea aprisionada dentro del vaso / de cascabillo
lógico / no da al pueblo alimento / que en la lucha le sirva de sustento. / Cuando en
el campo en que la mies ondea / al descansar de la labor fecunda / partáis el pan de
vida, / manjar que nos preparan de consuno / naturaleza y arte, / alzado hacia la
bóveda serena / de aire vital henchida, / cual en liturgia de piadoso afecto, / y
rebosando el corazón confianza / bendecid al Señor; / al Padre que el sustento nos
regala, / Al Padre que el espíritu nos riega / con agua de piedad y de consuelo; /
benedicid al Señor / que reparte la lluvia y el pedrisco, / rocíos y tormentas / tibio
fomento o pertinaz sequía; / bendecid al Señor, / de piedad misteriosa eterna Fuente
/ que hartura y escasez nos distribuye, / segador de los hombres / para en sus trojes
cosechar las almas / cuando la sazón alcancen / y en luchas y trabajos bien cernida /
sacar simiente de más honda vida. / Allá en el alto cielo donde cuajan / como nubes
los dones / que al impío le llueven / lo mismo que al piadoso, / nuestra pobre
piedad no tiene asiento / ni llega la justicia de los hombres. / Justicia y compasión
allí son uno, / alta justicia eterna, / misterio santo de insondable fondo. / Acatadlo
con fe sincera y limpia, / y cuando abráis los surcos con la reja / revolviendo a los
hombres, / al quebrantar su apelmazado enlace, / poneos en la mano omnipotente, /
del Padre del Amor, Sol de las almas / que destruyendo crea / y creando destruye, /
Labrador Soberano de los mundos / que lleva la mancuerna del Destino, / de la
Justicia eterna / que tritura cual muela poderosa / el orden que los hombres
proclamamos / sirviendo al misterioso ordenamiento / que nos tiene celado su
cimiento. / Lucha es la vida y el arado es arma, / arma la reja de la odiada idea. /
Para luchar, por tanto con porfía, / sin odio y sin blandura, / compadeciendo el
daño que causemos / tronchando flores al abrir el surco, / te pedimos nos des con
mano pródiga / Fe, Esperanza y Amor, / ¡oh Padre del Amor, Sol de las almas, /
Labrador Soberano de los mundos / que llevas la mancuerna del Destino, / que
destruyendo creas y creando destruyes / y trituras cual muela poderosa / el orden
que los hombres proclamamos! / ¡Amor para luchar, Sol de las almas, / acoje a los
que al surco caen tronchados / muertos en flor, sin haber dado fruto, / y danos para
abrirlo valentía, / Labrador Soberano de los mundos! ¡Que amemos al vencido /
venciéndole en la lucha con amor! / ¡Que al morir desgarrada por mi reja / la pobre
flor del campo, / el perfume que espira / y con que aroma el hierro que la hierde / de
piedad fraternal me llene el alma; / que se asiente serena nuestra lucha, / cual un
deber de vida, / sobre conciencia de rencor purgada, / sobre lecho de paz! / Tú,
Señor, asentaste / los giros y revueltas de los orbes / sobre quietud robusta; / diste
la eternidad por fundamento / al incesante curso de las horas, / el silencio solemne /
a los serenos ecos y fragores / con que el aire resuena, / e hiciste a las tinieblas /
dormido mar sin fondo y sin orillas / sobre que ruedan de tu luz las olas. / Tú,
Señor Soberano, / Padre eterno de Amor, Sol de las almas, / con los choques
discordes / de la lucha tenaz por la existencia / entretejes la trama / de la armonía
cósmica, / calma sacando de agitado curso, / silencio del fragor de la pelea, /
eternidad del fugitivo tiempo. / ¡Amor, eterno Amor, / danos fecundo amor hacia el
vencido, / únenos en la lucha en los contrarios / asentando en la paz nuestras
batallas, / batallas de la paz! / Que rendidos en tierra, / al morir bendigamos nuestra
suerte; / que del empeño mismo del combate / brote la compasión del combatiente;
/ que aceptemos cual ley de la conciencia / tu altísimo mandato/ de pelear sin

tregua ni reposo, / elevando, viriles, el destino / a íntima libertad de orden divino. / Acoje nuestros ruegos, / Padre de eterno Amor, Sol de las almas, / origen primordial de la contienda / que a los orbes sostiene y vivifica, / de la empeñada lucha / que en alta paz culmina, / así como de paz también arranca, / ¡Labrador Soberano de los mundos / que llevas la manquera del Destino, / Segador incansable de las almas, / que en la criba de luchas y trabajos / entresacas, Señor, / de una mies de sustancia corrompida / rica simiente de más honda vida, / vida de eterno Amor! (pp. 135-140).

No hay en este poema ni una sola referencia explícita al filósofo de Éfeso, pero es obvio que debemos tener muy presentes algunos de sus fragmentos capitales¹⁰:

- . “La guerra es padre de todo...” (πόλεμος πάντων μὲν πατήρ ἐστὶ -B 53 DK).
- . “Conviene saber que la guerra es común, la justicia discordia y que todo deviene según discordia y necesidad” (εἰδέναι δὲ χρὴ τὸν πόλεμον ἐόντα ξυνόν, καὶ δίκην ἔρην, καὶ γινόμενα πάντα κατ’ ἔρην καὶ χρεῶν -B 80 DK).
- . “Heráclito dice que lo opuesto concuerda y que de lo que es discordante surge la armonía más bella, y que todo deviene según discordia” (Ἡ. τὸ ἀντίξουν συμφέρον καὶ ἐκ τῶν διαφερόντων καλλίστην ἀρμονίαν καὶ πάντα κατ’ ἔρην γίνεσθαι -B 8 DK).
- . “Acoplamiento; cosas íntegras i no íntegras, convergente divergente, consonante disonante; de todo Uno y Uno de todo” (συνάψεις ὅλα καὶ οὐχ ὅλα, συμφερόμενον διαφερόμενον, συνᾶιδον διαΐδον, καὶ ἐκ πάντων ἓν καὶ ἐξ ἑνὸς πάντα -B 10 DK).
- . “No comprenden cómo, al divergir, converge consigo mismo; armonía propia del hecho de tender en direcciones opuestas, como la del arco y la lira” (οὐ ξυνιαῖσιν ὅκως διαφερόμενον ἑωυτῶι ὁμολογέει· παλίντροπος ἀρμονίη ὅκωσπερ τόξου καὶ λύρης -B 51 DK).
- . “Heráclito dice que el fuego periódico es eterno (*i. e.* dios), y el destino la razón modeladora de lo que existe a partir del movimiento de contrarios” (Ἡ. τὸ περιοδικὸν πῦρ αἰδίων (εἶναι θεόν), εἰμαρμένην δὲ λόγον ἐκ τῆς ἐναντιοδρομίας δημιουργὸν τῶν ὄντων -A 8 DK).

Pensando ahora en ambos, en Heráclito y Unamuno, habrá que concluir que, si la guerra es padre de todo, el Padre-Dios es guerra, y, si Él nos da la vida, la vida es guerra también. En efecto, la vida es lucha, y la lucha implica enfrentamiento de polos, fuerzas o bandos opuestos. Ahora bien, Dios no es la sinrazón, ergo, como el *Lógos* de Heráclito, puede y sabe armonizar los contrarios que, sin embargo, parece necesitar en su paradójica creación / destrucción.

El poema es una larga comparación –“Como a la tierra con el corvo arado...”- en cuyo transcurso los humanos son exhortados a actuar como Dios, que ciertamente es Señor, Padre eterno de Amor, Sol de las almas y Fuente eterna de piedad, pero que, por encima de todo, es Labrador implacable, consciente de la herida que ha de abrir en la tierra para asegurar su renovada fertilidad. Pues bien, en las profundidades del género humano hay que clavar también el arado y abrir surcos, sin apenarse como no se apena el labrador por la inevitable troncha de algunas flores, destinadas a pudrirse y convertirse en abono o alimento de algún gusano que, terminado el invierno, verá la luz

¹⁰ Después del análisis de ‘La elegía eterna’, la influencia de Heráclito en el pensamiento de Unamuno me parece indiscutible, ya sea en forma de cita casi literal o en forma “de adaptación” como en ‘La flor tronchada’.

exterior. Hay que removerlo todo como el arado remueve los terrones superiores obligándoles a conocer las tinieblas, y al revés. Ya vemos, pues, que desde el principio cumple aceptar la alternancia “negativo / positivo”, “positivo / negativo”, habida cuenta de que del “mal” deriva un bien, y al “bien” le corresponde experimentar el mal. Se apela a la imagen observable del labrador que, confiando en la benéfica oposición “sol / lluvia”, espera que las simientes germinen, de manera que habrá que confiar en que la siembra de Ideas, como la del Dios de Unamuno, dará también frutos abundantes. Al fin y al cabo, una sociedad anclada en la tranquilidad es tan estéril como la tierra compacta que nadie quiere abrir, y donde la simiente que en ella cae o bien se pudre o bien la quema el sol, astro responsable de otra oposición: “muerte / vida”.

Tras la dureza y rigor iniciales, Unamuno, yendo también él de un polo al otro, presenta los frutos de la tierra herida: campos ondulantes de verdura fresca dignas de ser contemplados; el contraste cromático de las amapolas rojas y las espigas doradas, y todo el bien posterior a la terrible acción de la guadaña: el trigo triturado en la muela, la harina y el pan. Pues así sucederá también con la siembra de Ideas que, segadas por el estudio, pasadas por la muela de las pasiones populares y fermentadas, devienen el pan vivificante de la sociedad, mientras que las que viven protegidas en la tranquilidad y seguridad de la Lógica, con el grano recubierto por el cascabillo –prisioneras de hecho-, jamás serán el alimento idóneo con que enfrentarse a una vida que es Lucha.

La vida es Lucha y Unamuno la “adora” como Heráclito “adoraba” a un *Lógos* que es guerra. Ahora es evidente ya que el responsable de este causar daño para obtener el bien es un Dios tan amoroso como inmisericorde. Los humanos, por su parte, han de comportarse como Él y, una vez cumplido el deber, el poeta les anima a descansar y celebrar la liturgia de la bendición del Padre, que les da el pan después de una constante y sabia combinación de contrarios: “lluvia y pedrisco”; “rocíos y tormentas”; “tibio fomento o pertinaz sequía”, “hartura y escasez”¹¹; en suma, Dios es un segador de hombres que aspira a una buena cosecha de almas humanas después de que múltiples luchas y trabajos –y no generosos cuidados paternales- habrán garantizado su sazón.

Justo es decir que los humanos, actuando como Dios los unos con los otros en el duro combate por alcanzar una vida ética plena, pueden pensar que las posibilidades de error son proporcionales a la imperfección de su justicia, pero Unamuno sabe cuál es el Modelo a imitar, esto es, el divino, de manera que conviene acabar con dudas y temores, y labrar y labrar hasta remover a los hombres y a las mujeres como si fueran terrones de tierra, hiriendo su seguridad con la reja del arado; en otras palabras, han de obrar como el Padre del Amor y Sol de las almas, el cual, ¡oh divina paradoja o contradicción –es decir, Él mismo oponiéndose a Sí mismo!-, “destruyendo crea y creando destruye”.

La Vida es lucha y el arado es el arma con que los humanos pueden acabar con el orden que ellos mismos proclaman. Deben hacerlo sin odio ni flaqueza, pero tronchando con fe y esperanza tantas flores como sea necesario y confiando en el amor de quien lleva la manquera del Destino. El éxito dependerá de saber asumir o no la divina y eterna lección de los contrarios, es decir, de saber “herir y amar”, de saber combinar “dureza y piedad”, de convertir la “lucha” en un paradigma de “serenidad y paz”. El Dios de Unamuno no desmerece en absoluto el *Lógos* de Heráclito, causa de la armonía universal que combina los poderosos contrarios, puesto que fija en la quietud los giros y revoluciones de los orbes; construye la eternidad con el curso incesante de las horas; hace que los ecos y fragores con que el aire resuena necesite a la vez un silencio

¹¹ Merece la pena recordar ahora aquel otro fragmento de Heráclito: “Es la enfermedad la que convierte a la salud en algo placentero y bueno, el hambre a la saciedad y el cansancio al reposo” (νοῦσος ὑγιεινὴν ἤδὲ καὶ ἀγαθόν, λιμὸς κόρον, κάματος ἀνάπαυσιν –B 111 DK).

solemne; cubre el mar de las tinieblas con las olas de su luz; entreteje la armonía cósmica con la lucha tenaz por la existencia. Ergo es Él quien nos puede hacer amar al vencido uniéndonos a él en la lucha de contrarios, siendo compasivos aun preservando un espíritu combativo, y convirtiendo las batallas en paz.

Heráclito dice que “la guerra es padre de todo” y Unamuno que el “Padre de eterno Amor” es “el origen primordial de la contienda”, paz primera y última donde comienza y acaba la lucha por la Vida. No quiere expresarlo, empero, con el lenguaje riguroso de la filosofía y la razón, sino apelando al sentimiento que desvela la imagen de un labrador y segador, ciertamente especial, que con el tamiz de luchas y trabajos, sabe obtener “de una mies de substancia corrompida rica simiente de más honda vida, vida de eterno Amor”.

El lector puede comulgar o no, naturalmente, con la visión que Unamuno tiene de Dios y, por extensión, del hombre, pero, si lee ‘La flor tronchada’ desde la perspectiva de la Tradición Clásica –constatando las deudas que tiene contraídas con el pensamiento de Heráclito-, a mi juicio descubrirá en él una gran coherencia con la tesis central de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y los pueblos* y con el *Tratado del amor de Dios*¹², es decir, con la vertiente más existencialista, desesperada o agónica de su obra. Efectivamente, Unamuno se obsesiona con la defensa de lo que él consideraba el más humano y lógico de los deseos: preservar después de la muerte la identidad del “yo” personal e intransferible:

“Y vienen y... nos hablan de que nada se pierde, de que todo se transforma, muda y cambia, que ni se aniquila el menor cachito de materia... y hay quien pretende buscar en esto consuelo... Ni de mi materia ni de mi fuerza me inquieto, pues no son mías mientras no lo sea yo mismo... no es anegarme en el gran Todo, en la Materia y la Fuerza infinitas y eternas o en Dios, lo que yo anhelo, no es ser poseído por Dios sino poseerle, hacerme yo Dios sin dejar de ser el yo que ahora os digo esto...” (*Tratado del amor...* p. 573).

Unamuno fue contrario al racionalismo teológico –sobre todo el escolástico. Fue, pues, racionalmente ateo, pero, pese a no poder demostrar su existencia, “sentía” a Dios y lo necesitaba para explicar la finalidad de la vida. Con una sensibilidad romántica y antiintelectual, con un carácter pasional y sentimental, sentía a Dios en el corazón, pero lo sentía ausente como una fuerza misteriosa y oculta, de manera que cree en él por desesperación. Podríamos decir que su amor o *éros* (deseo) de Dios es en este sentido platónico¹³, puesto que es deseo de algo que le falta, pero a la vez no quiere fundirse con él. Ergo, si a pesar de que Dios representa la plenitud y reposo finales, él quiere preservar su “yo”, el sufrimiento está garantizado, ya que la sensación de carencia de algo que le es esencial no le abandonará jamás. Ahora bien, el cumplimiento de este deseo humano implica a su vez que Dios ha de renunciar a asimilar a las criaturas a Sí mismo, de tal suerte que también Él sufrirá por el hecho de experimentar el mismo sentimiento de carencia¹⁴:

¹² Para ambas obras utilizaré la edición de Nelson Orringer y la numeración entre paréntesis a ella se refiere. Véase Unamuno (2005).

¹³ *Simposi 200* e: ‘¿no es *eros* en primer lugar amor –o deseo- de algo y, en segundo, de lo que pueda faltarle?’, pregunta Sócrates a Agatón (ἔστιν ὁ Ἔρως πρῶτον μὲν τινῶν, ἔπειτα τούτων ὧν ἂν ἔνδεια παρῆ αὐτῶ; -la traducción es mía siguiendo la edición de Burnet, 1991).

¹⁴ Sobre el pensamiento religioso y filosófico de Unamuno, crítica e interpretación de su obra, véase, por ejemplo: García Nuño, 2011; Perrot, 2005; Morón, 2003; Ribas, 2002; Abellá, 1997; Cerezo, 1996; Ederly, 1977; Cancela, 1972; Agüero, 1968 y Fernández, 1966.

. “Y ese vasto Yo, dentro del cual quiero meter al Universo, ¿qué es sino Dios? Y por aspirar a El le amo, y como yo sufro por ser El, El también sufre por ser yo... Una tremenda corriente de dolor empuja a unos seres hacia otros y les hace amarse y buscarse y tratar de completarse y de ser cada uno él mismo y los otros” (*Tratado del amor...* p.592).

. “Porque Dios se nos revela porque sufre y porque sufrimos; porque sufre exige nuestro amor, y porque sufrimos nos da el suyo y cubre nuestra congoja con la congoja eterna e infinita” (*Del sentimiento...* p. 219).

. “El que no sufre, y no sufre porque no vive, es ese lógico y congelado *ens realissimum*, es el *primum movens*, es esa entidad impasible y por impasible no más que pura idea. La categoría no sufre, pero tampoco vive ni existe como persona” (*Del sentimiento...* p. 220).

. “Aunque lo creemos por autoridad, no sabemos tener corazón, estómago o pulmones mientras no nos duelen... Y así es con el dolor espiritual; tampoco sentimos al alma hasta que no nos duele” (*Tratado del amor...* 594-5).

Si, pese a las diferencias evidentes, volvemos ahora a ‘La flor tronchada’ quizá comprendamos mejor que el divino Labrador y Segador de Unamuno no sea un Ser tranquilo, expresión máxima de una paz interior imperturbable, sino un Ser que, habiendo optado por dar la libertad a los hombres por amor, con la Creación se causó daño a sí mismo. Desde entonces hasta ahora y por razón de los errores derivados de aquella libertad, ha de herir con el arado, como también deben herirse los humanos a sí mismos en búsqueda de una madurez ética que en su caso se halla siempre en precario. Pues bien, desearía con este trabajo haber demostrado cómo, con la ayuda de la armonía de los contrarios que neutralizan la guerra original y eterna, Unamuno acierta a temperar *graeco –i. e. heracliteo-* modo el espíritu siempre desesperado y a la vez esperanzado que le caracterizó.

BIBLIOGRAFIA:

. Abellá, M. J. (1997). *Dios y la inmortalidad: el mundo religioso de Unamuno*. Estella, Navarra: Editorial Verbo Divino.

. Agüero, Eduardo (1968). *El pensamiento filosófico religioso de Unamuno*. New York: American Press.

. Alvar, Manuel (1964). *Acercamientos a la poesía de Unamuno*. Tenerife: Univ. De la Laguna.

. Blasco, F. J. (2004). *Miguel de Unamuno, poeta*. Valladolid: Univ. de Valladolid.

. Bollack, Jean; Wissmann, Heinz (1972). *Héraclite ou la separation*. Paris: Éditions du Minuit.

. Burnet, J. (1901, rpr. 1991). *Platonis Opera*, vol. 2. Oxford: Clarendon Press.

. Cancela, Gilberto (1972). *El sentimiento religioso de Unamuno*. New York: Plaza Mayor.

. Cerezo, Pedro (1996). *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta.

. Colli, Giorgio (1980). *La sapienza greca. Vol III, Eraclito*. Milan: Adelphi.

. Conche, Marcel (1986). *Héraclite. Fragments*. Paris: Presses universitaires de France.

. Diano, Carlo; Serra, Giuseppe (1994). *Eraclito. I frammenti e le testimonianze*. Verona: Fondazione Lorenzo Valla, Mondadori.

. Diels, H.-Kranz, W. *Die Fragmente der Vorsokratiker*, vol. 1, 6th edn. Berlin: Weidmann, 1951, rpr. Dublin / Zurich, 1966.

. Ederly, Moisés (1977). *El sentimiento filosófico de Unamuno*. Madrid: Fundación Universitaria Española.

- . Federici, Mario (1974). *La imagen del hombre en la poesía de Unamuno*. Madrid: Fragua.
- . Fernández, F. (1966). *Unamuno: ansia de Dios y creación literaria*. Madrid: Ediciones Alcalá.
- . García Blanco, Manuel (1965). *En torno a Unamuno*. Madrid: Taurus.
- . García Blanco, Manuel (1954). *Don Miguel de Unamuno y sus poesías. Estudio y antología de textos poéticos no incluidos en sus libros*. Salamanca: Acta Salmanticensia iussu senatus universitatis edita. Filosofía y Letras, tomo VIII.
- . García Calvo, Agustín (1999). *Razón común: edición crítica, traducción y comentario de los restos del libro de Heráclito*. Madrid: Lucina.
- . García Nuño, Alfonso. *El problema del sobrenatural en Miguel de Unamuno*. Madrid: Encuentro, 2011.
- . García Quintela, Marco V. (1992). *El rey melancólico. Antropología de los fragmentos de Heráclito*. Madrid: Taurus Humanidades.
- . Gianvittorio, Laura (2010). *Il discorso di Eraclito: un modello semantico e cosmologico nel passaggio dall'oralità alla scrittura*. Hildesheim: Olms.
- . Kahn, Charles H. (1981). *The Art and Thought of Heraclitus*. Cambridge: C. U. P.
- . Marcovich, Miroslav (2001). *Heraclitus: Greek Text with a Short Commentary*. Sankt Augustin: Academia Verlag.
- . Montes, Ángel Cristóbal (2011). *Repensar a Heráclito*. Madrid: Trotta.
- . Mouraviev, Serge N. (2006). *Les fragments du livre d'Héraclite d'Ephèse*. Sankt Augustin: Academia Verlag.
- . Morón, Ciriaco (2003). *Hacia el sistema de Unamuno: estudios sobre su pensamiento y creación literaria*. Palencia: Ediciones Cálamo.
- . Perrot, Danielle (2005). *Écrire devant l'absolu: George Bernanos et Miguel de Unamuno*. Paris: Slatkine.
- . Palau i Fabre, Josep (2007). *La claredat d'Heràclit*. Girona: Accent editorial.
- . Ribas, Pedro (2002). *Para leer a Unamuno*. Madrid: Alianza Editorial.
- . Robinson, T. M. (1987). *Heraclitus. Fragments. A Text and Translation with a Commentary*. Toronto & London: University of Toronto Press.
- . Unamuno, Miguel de (1997). *Poesías* (edición de Manuel Alvar). Madrid: Cátedra. Letras Hispánicas nº22.
- . Unamuno, Miguel de (2005). *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y los pueblos. Tratado del amor de Dios* (edición de Nelson Orringer). Madrid: tecnos, colección Los Esenciales de la Filosofía.